

dote adelanta en la virtud aumenta en él el temor de ofender á Dios. Es cierto que en ese temor estriba cabalmente su seguridad..... Pero ¡cuán penoso es, oh Dios mío, amarnos y vernos cada día expuestos á la desgracia de disgustaros y perderos! *Da amantem, et sentit quod dico.* Ven ¡oh muerte! á destruir en mí todo el cuerpo del pecado, sus causas y sus consecuencias..... Alégrate ¡oh buen sacerdote! ya viene para poner el sello eterno á ese pasado lleno de amarguras y penas, y abrir ante tu vista el más esplendoroso y halagüeño porvenir: ¡una eternidad de triunfo, delicias más inefables que las poseídas por otros elegidos, un lugar distinguido en el Reino de Dios, un trono, un cielo de bienandanza! ¡Oh manantial inagotable de vida y de luz! Mis ardientes deseos se verán apagados cuando aparezca tu gloria: *Satiabor cum apparuerit gloria tua* (1).

El deseo de morir como los santos sacerdotes debe hacerme tomar la determinación de vivir como ellos. ¿Lo hago yo así?

Coloquio con Jesús, María y José, pidiéndoles la gracia de una santa muerte.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *Qué ve en lo pasado el buen sacerdote moribundo.* Penas, de las que no le queda más que un agradable recuerdo. Su vida no ha sido sino una cruz y un martirio continuo..... Mas hélo aquí al fin de su carrera ¿qué son ahora para él los disgustos y los trabajos del camino?.... ¿Dónde están las penas de todo género, esas repugnancias, esas luchas?.... Todo ha pasado..... Dios mío; ¿qué bien hice en menospreciar al mundo, mortificar mi carne, y consagrarme á Vos!... He trabajado, es verdad, mas héme ya al fin de la jornada; ahora voy á descansar en paz. He sembrado entre lágrimas, y espero recoger con alegría. ¡Santas tribulaciones, cuán dulce me torna vuestro recuerdo!

PUNTO SEGUNDO.— *Qué experimenta el buen sacerdote en lo presente.* El buen testimonio de su conciencia le llena de consuelo en esos últimos momentos. Buscó á Dios con corazón

(1) Ps. XVI, 15.

sencillo, y se propuso con verdadera firmeza no hacer cosa de que tuviera que arrepentirse en la hora de la muerte. Cometió faltas, es verdad, pero las purificó en la Sangre del Cordero sin mancilla. Ve que la inagotable bondad de la divina Providencia tornó esas faltas en provecho de sus virtudes; es ese recuerdo que engendró en él un profundo desprecio de sí mismo, y le animó á la paciencia y al celo..... Si en su vida pasada halla algo bueno, lo atribuye á la divina gracia considerándose el último de los siervos inútiles. ¡Cuán dulce le tornará la voz de su conciencia asegurándole que la gracia en él no fué estéril!... La vista del Crucifijo, las plegarias de la Iglesia, y sobre todo, el ver á Jesucristo que viene para visitarle y ser su Viático..... todo esto contribuye á comunicarle una paz inefable.

PUNTO TERCERO.— *Qué le espera en lo porvenir.* Así como la presunción de los pecadores se trueca las más de las veces en desesperación á la hora de la muerte, del mismo modo al santo temor de los justos sucede una ilimitada confianza. El buen sacerdote puede decir: «Yo sé á quien he confiado el depósito de mis obras. He luchado por vuestra causa ¡oh Dios mío! y me conservé fiel á la fe que os había jurado..... ¿qué me resta pues, sino esperar la corona que me tenéis prometida?» ¡Ah, cuán dulce es la muerte después de una vida empleada toda en amar y en hacer amar al Señor! El deseo de morir como los Santos debe estimularnos á vivir como ellos.

MEDITACIÓN LX

El sacerdote tibio en el lecho de muerte

- I. Separaciones dolorosas.
- II. Amargos recuerdos.
- III. Previsiones espantosas.

En el alma del sacerdote que languidece en la tibieza no se encuentran sino tinieblas é ilusiones; pero cuando se acerca la muerte que es en cierto modo como el alba del día eterno, entonces todas las ilusiones se disipan. El pecador abrirá los ojos: *peccator videbit*: ¡ah! y ¿qué es lo que verá entonces? En torno suyo objetos que amó desmedidamente y de los cuales le es forzoso separarse; tras de sí una vida breve y preciosa que él hubiera debido llenar de santas obras,

y en la cual acaso no hallará entonces sino acciones inútiles ó tal vez criminales; delante de sí la eternidad, y al entrar en ella un terrible tribunal!... ¡Ah! separaciones dolorosas, amargos recuerdos, previsiones espantosas..... pero ¿dónde está la cordura? ¿Vale acaso la pena de haber recorrido las difíciles sendas propias de un corazón dividido y por ende angustiado para llegar á un término tan triste y aterrador?

PUNTO I

Separaciones dolorosas

El corazón humano naturalmente se apega; si no tiende á Dios se apega á las criaturas. Ese sacerdote que con tanta frecuencia repetía á sus fieles: *Sursum corda!*.... se ha dejado arrastrar por las aficiones terrenas ó del todo humanas. Amaba á sus parientes; pero no con el fin de santificarlos y salvarlos, sino buscando su bienestar temporal con gran riesgo de perderse juntamente con ellos. ¡Cuántas veces le sirvieron de estorbo en su ministerio! ¡En cuántas faltas le hicieron caer!

Amaba el dinero. El, representante de un Dios que no había tenido siquiera dónde reclinar su cabeza; él, predicador del Evangelio que nos prohíbe ocuparnos del día de mañana, él iba acumulando sus ahorros que acaso para muchos serían objeto de escándalo, y sin duda ocasión para él de muy culpables abandonos: *Ubi thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit* (1). Amaba su casa. ¡Cuántos trabajos se tomó para embellecerla y acomodarla á su gusto! Amaba las reuniones, los festines, y la vida distraída y sensual.... Y, hé aquí que la muerte corta todos esos lazos, y cae en la cuenta de que no se deja sin pensar lo que se ha poseído con placer y fruición: *Non relinquitur sine dolore quod cum delectatione retinetur* (2). ¡Oh muerte! si tu solo pensamiento es ya tan

(1) Luc., XII, 34.

(2) San Agustín.

importuno y pesaroso para aquel que ha puesto toda su dicha y paz en los bienes de esta tierra ¡cuán terrible será sin duda su espantosa presencia! *O mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* (1).

PUNTO II

Amargos recuerdos

Hélo pues, al fin de la vida ¡ah, que hasta la más larga existencia parece corta cuando está á punto de extinguirse! Recordará entonces todos los medios de que tan fácilmente pudo disponer para practicar el bien: los tesoros de méritos que pudo acumular y que tendría ahora en sus manos..... tantas favorables circunstancias, tantas buenas obras que se le proporcionaban á cada instante, tantas acciones ordinarias que, por la rectitud de intención, hubiera podido elevar al grado de la más sublime perfección!.... Yo he debido vencerme, se dirá á sí mismo, puesto que se trataba solamente de un corto número de años, de breves y fugaces días! ¡Ah! con esas penas tan livianas y pasajeras hubiera yo podido asegurarme la posesión de una eternidad bienaventurada.... mas he preferido marchar por la senda que me había de conducir á una muerte penosa y llena de zozobras.... y tal vez ¿quién sabe? á los suplicios eternos! Pero ¿dónde está mi cordura? ¿dónde el amor de mí mismo? ¡Sensualidades pecaminosas, vilezas miserables, ya os estoy expiando cruelmente! Pero ¿será bastante esta expiación? ¡Ah! que el placer de morir sin pena, bien vale la pena de vivir sin placer!

Recordará entonces el mal que hizo y sin duda que lo juzgará de bien diferente manera. Una luz deslumbradora y terrorífica iluminará su entendimiento. Mil dudas que tiempo atrás despreciara como vanos escrúpulos, le parecerán ahora dignos de toda

(1) Eccli., XLI, 11.

ponderación y seriedad. Donde antes no descubría sino negligencias, verá maldades y crímenes. Todo lo mirará entonces con temor y recelo; y sus decisiones, faltas de reflexión, y los Sacramentos fría ó malamente administrados; y aquellos enfermos, aquellos moribundos tan raras veces y con tanta apatía visitados, y el rezo del Oficio Divino, y aquellas Misas, aquellas sagradas ceremonias donde acaso no encontrará sino desatenciones, irreverencias, rutina y quizás hasta profanación.... ¡Todo, todo entonces le llenará de espanto! Habíase torpemente olvidado de la grandeza de Dios, de la santidad de su sacerdocio, de la gravedad y del alcance de sus obligaciones.... Pero ahora reflexiona sobre todo eso: *Nunc reminiscor*. ¡Ah sí, ahora lo recuerdo todo! Mas ¿y por qué no haberlo hecho antes? Ahora recuerdo las obligaciones que había contraído con el Señor, las gracias que me otorgó, la ingratitud con que he correspondido á tantos beneficios: *Nunc reminiscor*. Ahora recuerdo los avisos inspirados en la más pura caridad que recibí, las frecuentes resistencias que opuse á los dulces impulsos de la gracia.... los innumerables ultrajes que hice á mi Dios. Pero ¿dónde y cuándo cometí yo tanta perfidia? En un estado que tiene por objeto exclusivo la gloria del Señor: menos culpable sería si no hubiese dejado el mundo para consagrarme al servicio del altar y no hubiese sido elevado al honroso cargo de embajador de Jesucristo. Pero ¡ay! yo he pecado en la misma Jerusalén; en la Casa de Dios, en su santuario, en la tierra de los Santos (1).... *Nunc reminiscor malorum quæ feci in Jerusalem* (2).

PUNTO III

Previsiones espantosas

Pocos instantes aún y el sacerdote tibio se encontrará en una de las dos eternidades.... ¿En cuál?....

(1) *In terra sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini*. (Is., XXVI, 10.)

(2) I Mac., VI, 12.

le pregunta á su propia conciencia.... ¡Oh eternidad! El va sondeando tus abismos y lleno de horror piensa si tendrá que sufrir por tanto tiempo cuanto tendrán los buenos sacerdotes para disfrutar de tus delicias!.... ¡Ah! ¡Este pensamiento es en verdad aterrador y espantoso! Nadie sabe si será digno de amor ó de odio, pero aquello mismo que proporciona al buen sacerdote una dulce esperanza en el trance de la muerte *Ego diligentes me, diligo* (1). *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis* (2), se trueca para el tibio en motivo de espanto. ¡Con cuánta ansiedad quisiera preveer el resultado del juicio que se le prepara! ¿Cómo me recibirá ese adorable Maestro al cual serví tan malamente? ¿Me dirá acaso: «*Euge, serve bone et fidelis*», ó más bien, dirigirá severas y terroríficas miradas á un siervo relajado ó indigno que nunca tuvo bríos ni alientos sino para ofender á su Señor? ¿Qué responderé á aquella espantosa pregunta: *Redde rationem villicationis tuæ?* (3). Estos pensamientos le atormentarán sobremanera. Ya está para comparecer ante su Juez; dentro de breves instantes se decidirá sobre su suerte. ¡Ah, si pudiese volver atrás!.... Pero no, su voluntad impulsada á no desasirse de la vida por el poderoso aguijón de sus deseos, se estrellará contra este inmutable decreto: «¡Es preciso morir, y ahora mismo!» ¡Oh, qué situación tan dolorosa! ¡Si pudiese siquiera demorarla por algunos instantes!.... ¡Pero no, es preciso avanzar: *Manere satagit, ire compellitur* (4).

Mientras tanto la Religión que tiene consuelos para todos los que sufren, no los niega á su ministro, y hé aquí que Ella se presenta. Un piadoso hermano se acerca al moribundo y se esfuerza en reanimar su espíritu abatido, recordándole las divinas misericordias. Le presenta el Crucifijo, lo aplica á sus labios, lo acerca á su corazón. En nombre de

(1) Prov., VIII, 17.

(2) Matth., VII, 2.

(3) Luc., XVI, 2.

(4) San Laurencio Justiniano.

Dios le ofrece el perdón de sus culpas por grande que sea su número y su enormidad con tal de que se arrepienta..... Pero ¡ay! que después de haber vivido muchos años en una loca y criminal presunción, ese desgraciado se privará á sí mismo de los dulces consuelos de la esperanza! El sacerdote pronuncia sobre él las palabras que entrañan el poder de remitir los pecados..... pero de nada sirve ese poder, pues él se confesó habitualmente con la más glacial indiferencia! Le anuncian que Jesucristo viene para consolarle con su divina presencia..... mas ¡ay! que él recibe el Viático de los moribundos con la misma frialdad con que cada día se alimentaba del Pan celestial de los altares! La Iglesia redoblará en aquel momento tan decisivo sus tiernos y solícitos cuidados, invocará los auxilios de los Bienaventurados, ungerán con el Santo Oleo todos los sentidos de su cuerpo, exhortará á su alma para que se muestre generosa en trocar este mundo por otro mejor..... pero estas ceremonias tan tiernas, esos alientos tan consoladores para el buen sacerdote surtirán un efecto completamente contrario para aquel que ha vivido y muere en la negligencia y en la tibieza!

¡Ah! no seamos del número de esos sacerdotes que abundan en prudencia tan sólo para con los demás; que predicán y encarecen que todos los intereses del hombre se compendian en una buena muerte, pero que mientras tanto van preparándose á sí mismos un fin terrible y espantoso.

Dios mío, ayudado de vuestra gracia quiero sacudir de una vez el yugo de mi tibieza. Quiero que todos los instantes de mi vida sean una expiación continua del pasado y un motivo de confianza para mi última hora, pues entonces la esperanza será tan dulce y tan necesaria! *Maria, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges, et mortis hora suscipe.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Separaciones dolorosas.* El corazón humano siempre está apegado á alguna cosa: si no tiende á Dios tiende á las criaturas. Muy difícil es dejar sin sentimiento lo que se había amado excesivamente. Si el pensamiento de la muerte es de suyo tan importuno para aquel que pone su dicha y felicidad en los bienes de la tierra ¿qué no le sucederá cuando ya se halle en su presencia?

PUNTO SEGUNDO.—*Recuerdos amargos.* El sacerdote tibio recordará en la hora de la muerte todos los medios, sirviéndose de los cuales pudo con tanta facilidad obrar el bien. ¡Tantas ocasiones favorables que se le presentaron!.... ¡Ah! Si yo me hubiera vencido durante los pocos días de mi vida! se dirá á sí mismo. ¡Pude mediante ligeros sufrimientos asegurarme la posesión de las delicias eternas..... y por el contrario he preferido marchar por el camino que me conduce á una muerte de incertidumbres espantosas! Recuerda entonces el mal que hizo y lo juzga de manera bien diferente que durante los días de su vida disipada. Una luz aterradora esclarece su alma..... Allá donde antes no vislumbraba más que negligencias, ve ahora crímenes y delitos. Antes no pensaba en todo esto: pero ahora todo lo recuerda..... *Nunc reminiscor.*

PUNTO TERCERO.—*Previsiones espantosas.* ¡Muy pronto entrará en una de las dos eternidades!.... ¿En cuál?.... se lo pregunta á su conciencia; pero ¿qué le puede responder ésta? *Cada uno recibirá según sus obras;* estas palabras que son motivo de júbilo para el sacerdote fervoroso causan al tibio horror y espanto. Llega entretanto un hermano suyo en el ministerio y procura reanimar aquella alma abatida..... Le enseña la Cruz, le ofrece el perdón, imprime la Unción Sagrada sobre todos sus sentidos; le comunica alientos para que emprenda generoso el camino de un mundo mejor..... Estas tiernas ceremonias, estas frases tan consoladoras para el buen sacerdote..... ¡Ah, quiera Dios que no tengan un efecto del todo opuesto para aquel que ha vivido en la tibieza!

MEDITACIÓN LXI

Cómo debemos prepararnos á la muerte

I. Haciendo ahora lo que tal vez no podremos hacer entonces.

II. Lo que será preciso hacer cuando llegue la muerte.

III. Lo que se querría haber hecho en aquel instante supremo.

PRIMER PRELUDIO.—Después de haberos recogido lo más perfectamente posible, imaginaos que vuestro buen ángel viene á deciros lo que en otra ocasión el profeta Isaías comunicó á Ezequías: *Dispone domui tuæ quia morieris tu, et non vives* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Vos, Señor, os habéis dignado recomendarnos con instancia que estuviésemos preparados para el instante en que os sirváis llamarnos..... preparadme, Vos mismo, y enseñadme el modo de corresponder y secundar vuestra gracia en esta preparación.

PUNTO I

Hagamos ahora lo que tal vez no podamos hacer en la hora de la muerte

Cuando nos avisen que nuestro postrer instante se acerca, lo primero que se presentará ante nuestro espíritu será la imagen de nuestra vida tal como fué en realidad. Comprenderemos entonces nuestros desórdenes de bien diferente manera que hoy. El mundo alababa antes mi conducta por su regularidad, y acaso mi conciencia no descubra ahora en aquello mismo sino amor propio é inmortificación. Empezaré entonces á desconfiar de muchas cosas que hasta ese momento decisivo me habían dejado en

(1) Is., XXXVIII, 1.

completa tranquilidad por no haberlas convenientemente profundizado. Aquellos secretos resentimientos que mi orgullo no quiso dejar ni al subir las gradas del altar ¿no eran ellos acaso los que habían extinguido casi por completo la caridad en mi corazón? Esos ahorros que quise encubrir con el manto de la prudencia ¿no podrían tacharse con toda verdad de torpe avaricia? ¿Podrá siquiera comunicarme alguna seguridad el recuerdo de mis penitencias? Mas..... ¿no tendré tal vez confesiones hechas con precipitación y de rutina, y determinaciones inconsideradas que me infundan justos y vivos temores? ¡Ah! si esta vista y consideración debe llenar de horrible espanto al sacerdote que ya no dispone sino de pocas horas para prepararse á morir ¿con cuánta más razón deberá estremecerse aquel que al morir no tiene, por decirlo así, sino el tiempo preciso para darse cuenta de que se muere?

Siente la necesidad de dar un serio repaso á su vida pasada, pero ¡ay!.... el tiempo falta y la libertad de espíritu también..... todo falta para tratar con la debida ponderación un asunto de tanta trascendencia. Si quiero por tanto mi salvación es menester que disponga de tal manera los asuntos de mi alma que no tenga luego intranquilidad en aquel momento supremo: desterraré por lo mismo toda negligencia en los exámenes, toda falta de sinceridad en mis confesiones y toda dejadez y cobardía en el espíritu de penitencia. Procuraré por espacio de dos ó tres días dedicar algún tiempo más que de ordinario para excitarme á una verdadera contrición y se la pediré á Dios con instancia. Iré luego sin dilación á confesarme *corde magno, animo volenti*: terminaré además el arreglo de mis asuntos temporales para no tener que ocuparme de ellos en el trance de la muerte. ¡Los postreros instantes de la vida son preciosísimos, ya para asegurarnos nuestra salvación eterna, ya para abreviar las penas del purgatorio y hermohear más y más nuestra corona! Es el tiempo de la más abundante cosecha para quien, habiendo

tomado acertadas y previsoras medidas, puede aprovechar con santa tranquilidad y sosiego hasta el último de aquellos momentos solemnes.

Cuando le anuncien que se acerca su última hora, podrá decir con toda confianza: «Dios mío, ya no me quedan sino breves instantes para creer en Vos, esperar en Vos, y sufrir por Vos; la muerte me va á privar de todos los medios para poderos honrar y amaros libremente y con mérito. ¡Ah! Concededme la gracia de que siquiera hasta mi último suspiro, ni piense ni me dedique á otra cosa sino á honraros y amaros con todas mis fuerzas. ¡Oh alma mía, aprovéchate del tiempo que te queda! En cada instante ama á tu Dios con el mismo amor é intensidad con que le amaron los santos durante su vida. Hagamos en un día mucho más de lo que hubiéramos debido hacer en sesenta años. Suframos las últimas acometidas de la enfermedad con la constancia de los mártires. Aceptemos la muerte con entera resignación y santa alegría. ¡Dios mío, quisiera tener mil vidas para ofrecéros las todas en hermoso holocausto! Pero Vos, Jesús mío, no me pedís sino aquella que me habéis dado: héla aquí, ¡oh Dios mío! Consiento en ser despojado de todo lo que más he querido en la tierra, como también de este cuerpo que regalé con exceso. Me someto á la ley que lo condena á ser pasto de los gusanos y convertirse en polvo. En cuanto á los dolores que me atormentan ¡ah! lo que siento es que son demasiado livianos y cortos, ya que se trata de la última prueba de amor que puedo daros. Aun cuando os suplique con todo mi corazón que tengáis piedad de mí, yo acepto, sin embargo, las penas con que quiera castigarme en la otra vida vuestra divina justicia..... ¡Ah bien reconozco, oh Señor, que las he merecido! Os doy gracias por todos los beneficios que me habéis dispensado y sobre todo, por el don inapreciable de la fe. Sí, Señor, yo creo todo lo que enseña vuestra Iglesia, y espero en todo lo que Ella me promete. Tengo profundísimo pesar de haber servido con tanta frialdad al

mejor y más amable de todos los maestros; pero mis innumerables crímenes no son parte para que disminuya la confianza que he puesto en Vos. Ella se apoya en los méritos infinitos de mi Salvador, y en medio de mis amargos recuerdos me llena de júbilo este hermoso pensamiento: Jesucristo me pertenece: es mío: Vos me lo habéis dado ¡oh Señor! y El mismo quiso entregarse totalmente á mí. Para suplir mis deficiencias yo os ofrezco su vida, su muerte, su penitencia y sus virtudes.

Mas, para tener estos sentimientos cuando estemos al borde de la eternidad, es menester que nos hayamos ejercitado en ellos durante la vida. Es muy prudente por tanto y digna de alabanza la práctica de muchos buenos sacerdotes, los cuales todos los meses escogen un día para prepararse á la muerte, renovando los actos que acabamos de indicar con el mismo fervor que si debieran morir en realidad.

PUNTO II

Hacer ahora de grado lo que deberemos hacer necesariamente en la hora de la muerte

Alejemos de nosotros mismos y con un sacrificio meritorio lo que tendremos que dejar á pesar nuestro y sin mérito en aquella hora suprema. ¡Qué vergüenza! Obligar á Dios á que nos quite por fuerza lo que nos pide con tanta bondad y que quisiera conseguir tan sólo de nuestro amor! San Pablo decía á los colosenses: «*Vosotros estáis muertos y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios*» (1), queriendo significar con estas palabras que los nuevos fieles habían renunciado á sus aficiones carnales y terrestres; que si aún poseían bienes, su corazón no debía estar apegado á ellos, y que si hasta entonces habían tenido hábitos viciosos, de ellos debían haberse purificado en las aguas del Bautismo..... Dichosos aquellos sa-

(1) *Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.* (Colos., III, 3.)

cerdotes que cuando los llame el Divino Maestro nada les quede que sacrificar. Ellos están muertos á todos los bienes falaces y aspiraciones desarregladas; todo en ellos está ordenado, todo está dispuesto; las *despedidas*, según la frase de San Francisco de Sales, ya se han hecho. ¡Ah! cuánta paz y dulzura proporciona una muerte tan sabiamente prevista, tan santamente esperada y tan felizmente preparada!

Cuando alguien emprende la gran obra de la muerte espiritual no encuentra las mayores dificultades en desprenderse de los bienes exteriores, sino antes bien en destruir y moderar sus inclinaciones. Mucho más fácil es morir á la posesión real de los placeres, honores y riquezas, que no morir á sí mismo. Los medios para alcanzar esa muerte mística *tan eminente, viva y vivificante en la vida de nuestro Señor* (1) son la oración, la presencia de Dios, la mortificación de los sentidos y un entusiasta amor á la Cruz de Jesucristo. Empezad, pues, la práctica de ese santo desprendimiento y desapego evangélico que consiste en tratar nuestro cuerpo con menos delicadeza, ya respecto al alimento, ya respecto al vestido..... en el amor al retiro y en no dejarse preocupar tanto de los negocios temporales, en ofrecer incesantemente á Dios aquello que más amamos, rogándole que todo lo disponga según su agrado; y en abandonarnos, por último, á los amorosos cuidados de la Providencia al ser probados por las contradicciones, las enfermedades y las humillaciones. De este modo nos acostumbraremos á decir con el Apóstol: «*Quotidie morior.*» Si, yo muero todos los días, no tan sólo porque á cada instante me voy acercando más á la muerte, sino sobre todo, porque cada día voy sintiendo menos afición á la vida; ya se van apagando en mí los deseos de la estimación, ni siento ya tanta aversión á los desprecios..... mi corazón se va apartando de todas las cosas del mundo, y mi alma empieza en cierto modo, á separarse del cuerpo. Esta

(1) San Francisco de Sales, *Carta 593*.

ha sido siempre ¡oh Señor! la vida de vuestros buenos sacerdotes; una vida de muerte, un sacrificio continuado, de tal manera que al comparecer ante Vos estaban inflamados única y exclusivamente de vuestro santo amor.

PUNTO III

Hacer ahora lo que querríamos haber hecho á la hora de la muerte

Una de las mayores penas del moribundo es la de hacerse cargo del mal uso que hizo de la vida, pues comprende entonces, con toda evidencia, que se le había concedido con el exclusivo objeto de que se sirviera de ella para ganarse el Cielo. El que olvidó este punto capital, pensará entonces con terror en estas espantosas palabras: *Jam non poteris villicare*. Ya todo se ha concluido; ya no hay talentos con que negociar. Mientras tuvisteis vida, proporción teníais de haber acumulado méritos; pero ahora ya es imposible. Lo que tenéis, eso es lo que poseeréis por toda la eternidad: nada podréis añadir. Hasta aquí vuestros brazos permanecieron en la inacción; desde ahora serán amarrados con eternas cadenas. ¡Qué vergüenza y qué pesar!

Cuando yo comparezca ante el tribunal de Dios, allí se presentarán también conmigo cristianos fervorosos, cuyos días están llenos de santas obras; allí se presentarán piadosos pastores y celosos misioneros seguidos de innumerables almas que supieron arrancar de las garras de Satanás..... Ellos ofrecerán á Jesucristo sus sudores, sus trabajos apostólicos y cuantas obras buenas practicaron durante el curso de su vida..... y yo ¿qué le ofreceré? ¿Me atreveré á presentarle mi ministerio ejercido con tanta languidez y tibieza, mis oraciones tan frías, y los sacrificios ofrecidos con tan poco fervor?... ¡Oh alma mía, es menester que prevengas y evites tan irreparable desgracia! Comencemos desde ahora á vivir como

en aquellos instantes supremos quisiéramos haberlo hecho. Por mucho bien que hagamos, nunca practicaremos todo el que quisiéramos haber hecho en la hora de la muerte.

Arreglemos, y distribuyamos con tal acierto el tiempo que nos queda, tomemos tan firmes resoluciones que cuando llegue la muerte podamos recordar con fruición este momento, considerándolo para nosotros el principio de una vida verdaderamente sacerdotal. Determinad desde ahora el día que habéis de consagrar cada mes al retiro, y dónde y cómo haréis con el mayor empeño el ejercicio de preparación para la muerte. Al celebrar en dicho día la santa Misa, imaginaos que recibís á Jesús como Viático; y desde hoy mismo celebrad el santo Sacrificio como si fuera la última vez de vuestra vida.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Hacer ahora lo que acaso no podamos en la hora de la muerte.* En aquel supremo instante veremos las cosas de muy diferente manera que durante la vida... Se empieza entonces á desconfiar de aquello mismo que hasta aquel punto no nos había preocupado... Se siente la necesidad de dar un riguroso repaso á toda la vida pasada... Mas el tiempo falta, y falta también la fuerza y libertad de espíritu... Es menester, por tanto, que yo arregle cuanto antes y de tal manera los asuntos de mi conciencia que no pueda ésta hacerme cargos terribles en aquella hora suprema... ¡Ah! Son demasiado preciosos los últimos instantes de la vida!... Tomemos pues, tan acertadas medidas que podamos dedicar aquellos decisivos momentos exclusivamente á los intereses de nuestra alma.

PUNTO SEGUNDO.—*Hacer ahora lo que necesariamente deberemos hacer en punto de muerte.* Despojémonos desde ahora meritoriamente de aquello que nos será forzoso dejar entonces con pesar y sin mérito. Vivamos como si ya estuviésemos muertos... Poseamos los bienes temporales de manera como si no los poseyésemos... ¡Ah, dichoso el sacerdote que no

tenga nada que sacrificar cuando el soberano Juez le llame á cuentas!... Practiquemos con generosidad el desprendimiento evangélico. Vivamos de tal suerte que podamos decir con San Pablo: *yo muero todos los días*.... porque todos los días siento debilitarse en mí el apego á la vida y á las cosas de la vida.

PUNTO TERCERO.—*Hacer ahora lo que quisiéramos haber hecho en punto de muerte.* La pena mayor y que más desgarró el corazón del moribundo es la de haber malgastado tan criminalmente el tiempo. ¡Oh alma mía! Vivamos desde ahora y siempre como quisiéramos haber vivido al encontrarnos en aquel terrible trance. Nunca llegaremos á hacer todo el bien que quisiéramos haber hecho en aquellos momentos.

MEDITACIÓN LXII

El recuerdo habitual de la muerte es medio infalible para lograr la dicha de una muerte santa

- I. El recuerdo habitual de la muerte nos asegura la inocencia de la vida.
- II. Despega el corazón de las cosas terrenas.
- III. Engendra una tierna confianza que hace muy dulce aquel último trance.

Tres cosas hay para el sacerdote justo que suelen hacer del día de su muerte un día de regocijo y de triunfo: la inocencia ó vida inculpable; la pureza del corazón llevada hasta el desprendimiento de todo lo que no es Dios, y una firme confianza, fruto de las buenas obras de que ha llenado sus días. ¿Quién creyera que el solo pensamiento de la muerte junto con la fidelidad á las gracias que le acompañan había de ser suficiente motivo para alcanzar esos tres inapreciables bienes?